

Re-Señas de Libros

Re-Señas de Libros

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

-Santana, Ernesto *El carnaval y los muertos*. Praga, Agite/Fra, 2010. 176 pp

El carnaval, esa fiesta colectiva que bien puede servir para exteriorizar de un modo desinhibido alegrías y pasiones, en esta amarga novela de Ernesto Santana se nos muestra como un telón de fondo distante y opaco. Delante de él desfila una serie heterogénea de personajes marcados por la desdicha, la violencia, el sufrimiento, la frustración: enfermos de SIDA, alcohólicos, expresidarios, veteranos de la guerra en Angola... En todos ellos prevalece, aún en sus últimos momentos, una fuerza interior que los anima; pero no a través de un sendero de coherencia, armonía y bondad. Un aliento de muerte recorre las páginas de esta obra, que no regala concesiones ni concede paliativos edulcorantes. Una infancia dura en un barrio marginal habanero, una existencia sin norte esperanzador, una juventud embelesada por la sublimación y, al mismo tiempo, la banalización del acto sexual y los acordes de la música rock.

A lo lejos se escucha la algarabía del carnaval, siempre a lo lejos; pero la realidad impone el sufrimiento en una cama del sanatorio, en un calabozo, en un campamento militar, en las selvas angolanas. Y también en el amargo proceso de recordar, mientras se contempla desde un octavo piso la ciudad, que se siente cada vez más distante, y, enfrente, el mar inescrutable. En un marco tan cerrado, en una atmósfera opresiva tan espesa, *Espacio Laical* 2/2011

apenas queda espacio para la esperanza y la hermosura.

“Todo estaba impregnado de un perenne sudor, de polvo, de lágrimas, de inmundicias, de sangre, de saliva” (p. 54). Esa es la apreciación que de su barrio tiene el protagonista, mas la misma también resulta válida para dirigirla de un modo general a su entorno existencial, a su familia, a su destino. Los diversos conflictos presentes en la novela se ven superados por la fuerza y la significación de los personajes,

que tejen entre sí relaciones ásperas, de turbia amistad y de viejos rencores. Desorientados, se mueven sin avanzar, tropiezan, caen, se hunden, se lanzan al vacío. Ni siquiera las momentáneas victorias sobre la enfermedad y los instantes de una aparentemente esperanzadora relación amorosa logran dejar paso a un chorro de luz. La arcilla para sentar las bases de un sólido cimiento de vida quedó hundida en el fango de la miserable casa natal, perdida en una escaramuza en los confines de Angola, sepultada en la sordidez de una prisión.

El resto de las acciones ya pertenece a un movimiento de inercia que presagia un reposo insinuado y definitivo. El tiempo se diluye y así se refleja a través de esta imagen afortunada: “Los meses vuelven a ser la espuma gris que lame una arena sedienta” (p. 146). Esa playa desconoce una hermosa puesta de sol, la risa de los jóvenes, el retozo de los enamorados. La aridez la consume.

El carnaval y los muertos viene a confirmar la fuerza creciente, dentro de la narrativa cubana, de un reflejo de nuestra realidad marcado por el desaliento. De igual modo viene a contrarriorriente de la literatura atildada y optimista que algunos desearan de los escritores cubanos. La actual circunstancia está muy lejos de albergar una cornucopia asociada a un concierto de arpas y, como dijera Heberto Padilla en el poema “Los poetas cubanos ya no sueñan”, “está obligado el ojo a ver, a ver, a ver”. Más aún en el caso de un creador que interpreta





y reelabora un fragmento de su realidad.

-Epistolario Emilio Roig de Leuchsenring. Libro Segundo. Compilación y notas: Nancy Alonso González y Grisela Terrón Quintero. La Habana, Ediciones Boloña, 2010. 573 pp.

Cuarenta años después de haber puesto María Benítez, viuda del destacado historiador Emilio Roig, el voluminoso epistolario de éste en manos de Eusebio Leal Spengler, más tarde Historiador de la Ciudad, vio la luz la primera entrega de esta correspondencia de sobresaliente valor, entrega a la cual ha venido a sumarse ahora el Libro Segundo, a nuestro juicio con textos aún más dignos de atención. Según se indica en la nota de la solapa, alrededor de catorce mil cartas conforman este monumental epistolario, que en parte considerable será dado a conocer por medio de cua-

tro tomos ordenados temáticamente. En el primero ya se agrupó la correspondencia que reflejaba su formación como intelectual y como historiador de nuestra capital, mientras en este “la historia y sus protagonistas, ponderados a todo lo largo de la obra de Emilio Roig, ocupan un lugar cimero”. En ambos volúmenes se ha respetado el orden cronológico.

Como es de suponer, en esta abarcadora compilación podemos hallar algunas cartas insustanciales, de acuse de recibo o de trámite amistoso, pero son mucho más numerosas las que de alguna manera abordan asuntos de notable interés cultural, nos aportan valiosas informaciones y corroboran la total entrega de aquel historiador a la tarea de exaltar los valores patrióticos, rendirle tributo a nuestros héroes independentistas, esclarecer páginas confusas de nuestro pasado y preservar un sentimiento genuino de cubanía, no

enrarecido por la politiquería ni el comercialismo.

En virtud de esos principios, exigió de las autoridades científicas norteamericanas que se le reconociera al doctor Finlay el descubrimiento del agente trasmisor de la fiebre amarilla (pp. 141 y 185), se opuso a la celebración de las “cenas martianas” (p. 301) y de los desfiles martianos (p. 368), dio curso a solicitudes de colocar placas o monumentos de homenaje a personalidades cubanas, llevó a cabo importantes rectificaciones históricas, en algunos casos, por ejemplo, para señalar de modo correcto cuál era el pensamiento de José Martí, e incluso se ocupó de alertar acerca de los deslices históricos presentes en una emisión de sellos de correos (p. 360). No admitía dudas acerca de su integridad ética y patriótica y cuando el brigadier Enrique Loynaz le atribuyó a sus trabajos “falta de veracidad o torcidas intenciones”, se dirigió a él de inmediato para pedirle una retractación (p. 394).

Tanto las cartas escritas por Roig como las recibidas por él proporcionan datos que de seguro han de ser muy bien aprovechados por los historiadores. En una de ellas, fechada en 1943, se dirige al ministro de Obras Públicas para pedirle que sea colocada una inscripción de homenaje a los cinco jóvenes negros que en 1871 murieron a manos de los voluntarios españoles en el intento de evitar el fusilamiento de los estudiantes de medicina (p. 209). En una carta que le envía en 1951 el capitán Aníbal Escalante Beatón se describe con minuciosos detalles el proceso de redacción de la protesta del general Calixto García ante su homólogo norteamericano Shafter, en momentos de encontrarse ante las puertas de Santiago de Cuba (p. 406). En otras se brindan pormenores acerca de la caída en combate de Maceo y del primer enterramiento de Martí.

No dejan también de estar presentes, por otro lado, algunos textos que contienen noticias preocupantes. Así tenemos que Rafael Esténger le hace saber a Roig de un modo confidencial que es apócrifa la muy difundida carta del general Guillermo Moncada para

retar a un oficial español a duelo a machete (p. 95), documento hasta ahora dado por bueno e incluso reproducido en fecha reciente por el periodista Ciro Bianchi en su excelente página dominical de *Juventud Rebelde*. En 1945 Roig le informa a monseñor Martínez Dalmau, obispo de Cienfuegos, que según el historiador Hernández Travieso los restos que se conservan en la Universidad de La Habana no pertenecen en realidad al padre Félix Varela, sino a un obispo norteamericano (p. 245). Y en varias misivas sale a relucir la discutida paternidad de Martí en el caso de María Mantilla (pp. 65, 370 y 504), parentesco que todavía provoca criterios antagónicos.

Al igual que el primero, este Libro Segundo cuenta con una memoria gráfica, un índice onomástico, otro de remitentes y el de destinatarios, todo lo cual resulta de gran utilidad para el

lector. Sin embargo, en ambos echamos de menos una ficha biográfica que siquiera de un modo elemental aporte información acerca de esos remitentes y destinatarios. Estamos conscientes de que en algunos casos habría sido muy difícil encontrar esos datos; pero en otros, con un poco de esfuerzo, sí hubiera podido lograrse. No obstante esa ausencia, que tal vez se subsane en el Libro Tercero, debemos alegrarnos de contar ya con otra entrega del rico epistolario de Emilio Roig.

-Fuentes de la Paz, Ivette *José Lezama Lima: hacia una mística poética. Algunas confluencias del pensamiento español en la obra de José Lezama Lima*. Madrid, Editorial Verbum, 2010. 171 pp.

Para refrendar la importancia de la obra literaria y la hondura del pensamiento poético de José Lezama Lima

bastaría con apreciar en su justa medida la imponente bibliografía que ha provocado tan solo en las dos últimas décadas y la diversidad de sus facetas que han sido dadas a conocer. En particular la celebración el pasado año del centenario del natalicio de este autor sirvió de detonante para que se incrementara aún más el número de estudios sobre su obra, dentro del cual se inserta ahora el presente ensayo de la investigadora Ivette Fuentes, quien ya con anterioridad había publicado, en el marco de la misma línea temática, *Lezama Lima: una cosmología poética* (1990), en colaboración con Lourdes Rensoli Laliga, y *La incesante temporalidad de la poesía. Sobre el concepto espacio-temporal en la poética de José Lezama Lima* (2006).

En esta oportunidad la autora fue en busca de establecer puntos en común entre el pensamiento español –fundamentalmente el heredado por los poetas místicos como San Juan de la Cruz y Santa Teresa, por Juan Ramón Jiménez, María Zambrano– y la compleja y abarcadora cosmovisión poética de Lezama Lima, capaz de fagocitar los más sorprendentes nutrientes conceptuales en su afán de llegar a esencias por medio de la imagen. Para lograr su objetivo, Ivette Fuentes nos brinda en su estudio un tránsito coherente que parte de “algunas coordenadas hispánicas”, entre ellas “la amistosa compañía” que en su etapa de formación disfrutó el poeta de “Muerte de Narciso” con el autor de los *Sonetos espirituales*, y de las enseñanzas filosóficas de la antedicha pensadora malagueña, que lo acercó aún más a la esencial valoración de la metáfora como “estado donde se logra la transformación del conocimiento en sabiduría” (p. 49). De ahí entonces el subsiguiente salto para alcanzar uno de los más elevados presupuestos lezamianos: la teleología insular, que ya en carta fechada en 1939 le anunciaba a su amigo y compañero de proyectos literarios, Cintio Vitier. Porque esta gran empresa no la concebía como el resultado de un sostenido e intenso empeño individual, sino como la conquista suprema de una labor mancomunada.



Un lugar sobresaliente le otorga Ivette Fuentes a la significación de la luz en el universo poético lezamiano, ya fuese por medio de la fundamental contraposición sombra-luz que por su poder iluminador en tanto “proyección de la divinidad” (p. 37). Ese criterio, ya recogido en los escritos de San Buenaventura y de San Juan de la Cruz, encontró eco en las disquisiciones de la Zambrano y fue aprovechado por Lezama Lima para construir algunos de sus poemas de mayor relevancia, entre ellos “Noche insular, jardines invisibles”. La luz bien puede constituir entonces un camino hacia la revelación espiritual que, en nuestra circunstancia, se conjuga armónicamente con la insularidad para trascender en busca de lo universal. Sin embargo, la noche, estadio en el que no reina la luz, también puede propiciar por medio de sus manifestaciones cósmicas o místicas un sendero hacia el encuentro con Dios.

En el tercer capítulo del libro, titulado “Razón poética: razones de la aurora”, se recoge un mundo más amplio de analogías con la obra lezamiana que va más allá de las páginas de los místicos españoles, los versos juanramonianos y el discurso reflexivo de la autora de *El hombre y lo divino* para abarcar incluso corrientes poco divulgadas hoy en el ámbito cubano como el sufismo, cuya incidencia en el pensamiento español no ha sido aún suficientemente reconocida a pesar de estar presente, por ejemplo, en el *Cántico espiritual*. El sufismo, tanto en su connotación “imaginal” como en su actitud de aprehensión del mundo a través de la poesía con su poder de intuición, al cabo viene a constituir uno de los afluentes que tributa al rico caudal ideológico de Lezama, en el cual la imagen adquiere múltiples formas de manifestarse y cobra fuerza la “infinita posibilidad”.

A continuación la autora pasó a abordar otro aspecto de la producción poética lezamiana: su postura ética, basada en la “fuerza ejercida por vencer la resistencia de la propia acción” (p. 126), que se entrelaza con su lapidaria sentencia: “Sólo lo difícil es estimulante, sólo la resistencia que nos reta, es

capaz de enarcar, suscitar y mantener nuestra potencia de conocimiento...” Ese arraigado concepto ético llevó al poeta a ser consecuentemente fiel a su cosmovisión, tanto interpretativa como creativa, y a no desviarse de su rumbo. De seguro contribuyó además a que en las palabras de despedida de su duelo, en el Cementerio de Colón, pudiera asegurar Cintio Vitier con sobrados motivos: “Su vida fue... un ejemplo también de dignidad intelectual sin concesiones ni flaquezas.”

José Lezama Lima: hacia una mística poética... se cierra con una serie muy atendible de conclusiones que reafirman la variedad de “aristas de posible influencia que podemos descubrir en la obra poética” de este escritor (p. 153). Como en los vasos comunicantes, por debajo de la superficie de las aguas las moléculas se interrelacionan, se cruzan, se abrazan, se enriquecen. Ocurre así una ganancia que en el caso de la creación artística o literaria, cuando el proceso de asimilación se convierte en germinativo, libre del pastiche, el pegote y el nacimiento de un híbrido, bien puede consumarse en una obra de peculiar riqueza y diversas posibilidades de interpretación. La poesía de Lezama, sensible de ser relacionada también, por ejemplo, con el movimiento barroco, las literaturas orientales y los versos de Paul Valéry o de José Martí, no deja de confirmar ese logro.

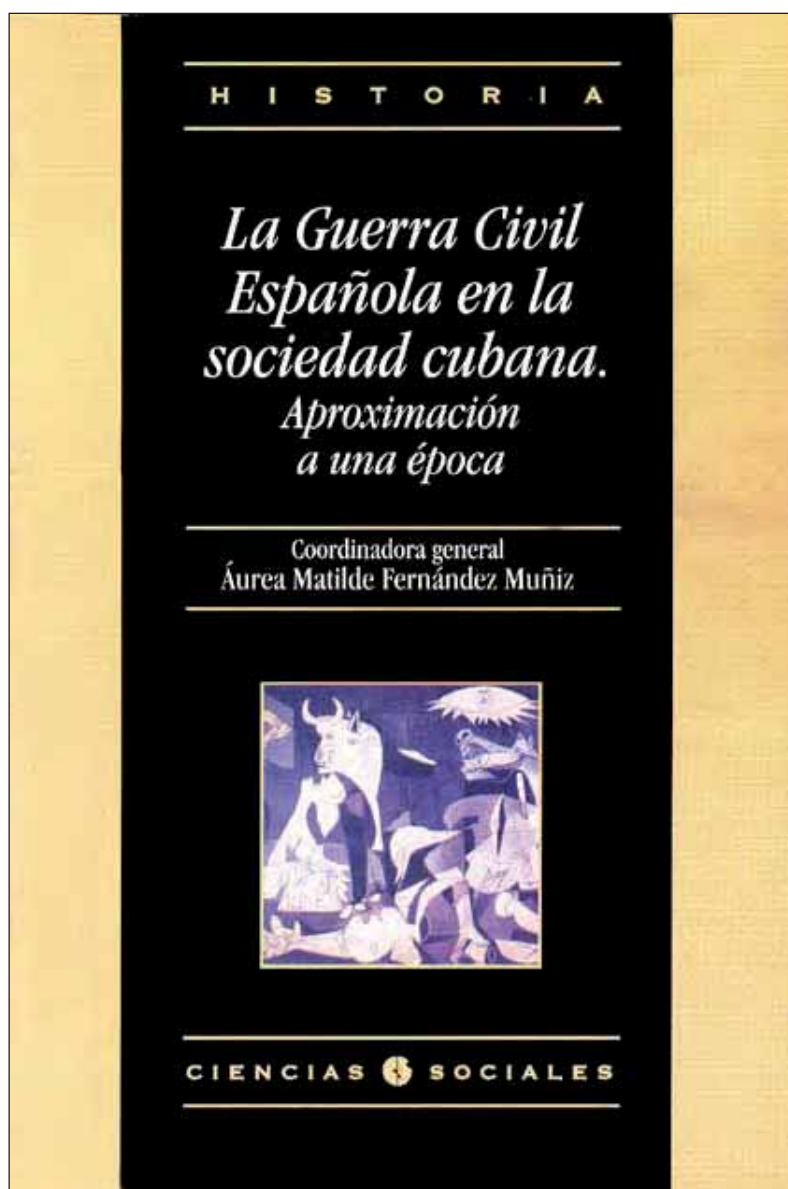
-La Guerra Civil Española en la sociedad cubana. Aproximación a una época. Coordinadora general Áurea Matilde Fernández Muñiz. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2010. 173 pp.

La Guerra Civil Española (1936-1939), considerada por muchos historiadores el prólogo de la Segunda Guerra Mundial, desencadenó un apasionado enfrentamiento ideológico que trascendió las fronteras para extenderse por incontables países, principalmente los hispanoamericanos. Muy lejos de ser una excepción, en Cuba se vivió y se sufrió de un modo muy intenso aquel conflicto, dado el considerable número de integrantes de la colonia español-

la, con sus agrupaciones regionales, y los profundos vínculos históricos, económicos, culturales e incluso religiosos con la antigua metrópoli. En el ámbito nacional aquella conmoción se manifestó a través de concentraciones públicas, programas radiales, artículos de prensa, campañas de apoyo material a los dos bandos, oficios religiosos y del surgimiento de toda una amplia bibliografía capaz de abarcar textos de distintos matices políticos y de diferentes géneros literarios. Al cabo de más de setenta años del comienzo de dicha contienda el presente volumen ha venido ahora a actualizar entre nosotros el tema y a incorporarse a ese notable cuerpo bibliográfico.

Siete son las autoras de los trabajos aquí recogidos, y si tomamos en cuenta que a mujeres les correspondieron las tareas de editar y de diseñar el libro, no podemos dejar de llamar la atención acerca de su impronta factual femenina, que no repercutió, sin embargo, en la perspectiva utilizada para el desarrollo de los estudios. Cada uno de ellos logró adentrarse de modo particular en alguna de las múltiples aristas relacionadas con la guerra española y Cuba.

A nuestro entender sobresalen dentro del conjunto, por su apreciable fuente documental y la acertada exposición e interpretación de los hechos, el texto de Dolores Guerra López “Cuba y la Asociación de Auxilio al Niño del Pueblo Español” y el de Katia Figueredo Cabrera “Cuba entre turbias aguas de las tendencias en pugna: falangistas, republicanos, cedistas, apolíticos y otros”, aunque en este caso encontramos afirmaciones sensibles a la discrepancia, como la que se hace con respecto al apoyo en Cuba a la causa republicana, según la autora muy elevado al iniciarse la guerra y en declive en 1938, sin que se tomen adecuadamente en consideración los multitudinarios actos de apoyo a los líderes españoles Fernando de los Ríos y Alfonso Castelar en sus respectivas visitas en ese año. Por otro lado, es de lamentar que la autora no haya tenido el tino de localizar en el Registro de Asociaciones del Archivo Nacional expedientes, que cree inexistentes, de organizaciones



como Falange Española, en realidad inscrita Asociación Falange Española (p. 54). Otro artículo que merece ser destacado es el de Yolanda Vidal Felipe, quien analizó el impacto causado por la contienda en el seno de la comunidad gallega en Cuba.

La profesora Áurea Matilde Fernández Muñiz, además de escribir las palabras de presentación del volumen, cuya labor de coordinación general desarrolló, nos ofrece tres textos de su autoría, de los cuales dos, para nuestro asombro, padecen de desaciertos y de informaciones erróneas que en modo alguno se corresponden con la elevada calidad de sus numerosos es-

tudios sobre la historia de España y, en particular, sobre el enfrentamiento fratricida iniciado en julio de 1936. Ante el deber de anotar los méritos y los deméritos de las obras que reseñamos no podemos dejar de alertar acerca de las equivocaciones presentes en esos textos de dicha historiadora y a continuación las expondremos en el mismo orden en que se hallan. Además está decir que esas pifias lastran la calidad de ambos trabajos.

En “Repercusión de la Guerra Civil Española y del exilio republicano en la sociedad cubana” primeramente se le atribuye a la Asociación Nacional de Ayuda al Pueblo Español que contaba

con “un periódico llamado *Ayuda*” (p. 10) y con una directiva que en realidad pertenecía a otra organización, nombrada Asociación de Ayuda al Niño del Pueblo Español, que sí publicaba una revista mensual titulada *¡Ayuda!*. A continuación se nos dice que durante la contienda “se destacaron en la defensa de la República las revistas... *Islas* (de la Universidad de Las Villas”, la *Revista de la Biblioteca Nacional* (sic) y la *Revista Bimestre Cubana* (p. 11). Mas dicha universidad comenzó a funcionar en 1952, *Islas* vio la luz en 1958 y las otras dos publicaciones, al margen de que pudieran haber incluido alguna vez en sus páginas un escrito antifranquista, tenían un carácter eminentemente cultural, no político. Renglones más abajo se asevera que el Círculo Republicano Español fue creado por emigrantes españoles y exiliados republicanos, cuando en realidad quedó constituido, como continuación de la Alianza Republicana Española de Cuba, en 1931.

En la página siguiente se nos hace saber que la Alianza de Intelectuales Antifranquistas, creada en 1944, no fue legalizada por el gobierno cubano y que radicó “de manera clandestina en los locales de la Casa de la Cultura”. Si bien es cierto que en el Registro de Asociaciones no se conserva su inscripción legal, no puede decirse por ello que las autoridades se hubieran negado a reconocerla, en una fecha en que el partido de los comunistas cubanos no solo funcionaba con total normalidad, sino que incluso integraba el gabinete ministerial. Esa Alianza... organizó sin dificultad actos públicos en cines, restaurantes y en la Universidad de La Habana, y además publicó con su sello un libro de poemas de Antonio Machado.

La revista *Facetas de Actualidad Española*, según el texto comentado, fue creada por los intelectuales españoles del exilio (p. 15); mas debemos decir que su fundación en 1937 fue obra de un periodista asturiano de la emigración, Adolfo García. Desmedida nos resulta la afirmación, líneas después, de que la Editorial (sic) La Verónica fue “impulsora de la cultura hispanoamericana y universal”, dado

que la modesta imprenta de Manuel Altolaguirre nunca llegó a alcanzar tanta relevancia, e incorrecta viene a ser la noticia de que los exiliados “colaboraron de manera asidua” en *Alma Mater*, pues esa publicación de los universitarios había dejado de salir en 1934.

Igual inexactitud contiene la aseveración de que “impartieron clases en la Escuela de Verano” (p. 16) de la Universidad de La Habana los intelectuales exiliados Rafael Altamira, Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro, Luis de Zulueta, José Ferrater Mora, Vicente Gaos, Alejandro Casona, Francisco Martínez Allende y Manuel Altolaguirre. En honor a la verdad, ninguno de ellos ofreció clase alguna en dicha escuela e incluso ni Altamira ni Gaos conocieron el exilio en Cuba.

Con respecto a la Escuela Libre de La Habana se nos informa que “la única referencia que existe de esa institución” es su catálogo (p. 16), cuando en el Registro de Asociaciones se conserva su expediente de legalización, hay abundantes datos acerca de su funcionamiento en la prensa de la época y en las memorias publicadas de algunos de sus profesores, como José Rubia Barcia, y ha sido ampliamente reconocida la significación de su Academia de Artes Dramáticas para nuestro teatro.

En la siguiente página se declara que en la universidad habanera se desarrolló la “Primera Reunión de la Asociación de Profesores Universitarios Españoles Exiliados” (sic) entre el 20 y el 22 de noviembre de 1943. Lo correcto, sin embargo, hubiera sido asegurar que la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados se celebró del 22 de septiembre al 3 de octubre de aquel año. Por último queremos aclarar que en dicho trabajo se les otorga la condición de exiliados españoles a los actores de la radio Pedro Segarra, Marcelo Agudo, María Valero, Ernesto Galindo y a los hermanos Martínez Casado (p. 20); pero de todos ellos la única que sí reunía esa condición era María Valero, todo un mito de las radionovelas cubanas.

No menos equivocaciones encontramos, desdichadamente, en el último texto de esta historiadora, que se titu-

la “Aproximación a la historiografía y los escritos publicados en Cuba acerca de la Guerra Civil Española”. Si bien en su recorrido bibliográfico incluyó textos fundamentales de Carpentier, Marinello, Guillén, Pablo de la Torriente Brau y otros autores, omitió por completo algunas obras dignas de ser mencionadas, como el libro de reportajes de Carlos Montenegro *Tres meses con las fuerzas de choque (División Campesino)* (1938) y los testimonios *Doble esplendor* (1966), de Constanza de la Mora, y *Manuscrito de un superviviente* (1987), del asturiano Felipe Matarranz González. También dejó de citar al menos los numerosos poemas de autores cubanos, entre ellos Fina García Marruz, Manuel Navarro Luna, Emilio Ballagas, Regino Pedroso, Mirta Aguirre y Serafina Núñez, que se inspiraron en el conflicto español.

A esas ausencias, que limitan el alcance de dicha “aproximación”, debemos sumar varias informaciones erróneas. De la Institución Hispanocubana de Cultura se nos dice que estuvo “cerrada entre los años 1927 y 1936” (p. 158). Verdaderamente suspendió sus actividades en 1932. Del folleto de Arturo Ramírez *Lo que me dijeron de la guerra de España* (1938) se asegura que constituye “una breve exposición acerca de los horrores de la guerra” (p. 161), mas en realidad consiste en un conjunto de entrevistas a Ramón Menéndez Pidal, Alejandro Casona, Adolfo Salazar y otras personalidades españolas refugiadas en Cuba. En la página siguiente se nos hace saber que Altolaguirre publicó en nuestra capital “el folleto *La lenta libertad*, un escrito lleno de amargura por la pérdida de la guerra”; pero debemos aclarar que esta obra es solo la reimpresión habanera de un cuaderno de versos que ese autor había dado a conocer en Madrid a inicios de 1936.

También se asegura que *Alrededor de la tragedia* (1942) es un volumen de cuentos de Antonio Ortega que “recogía anécdotas de la guerra” en España (p. 162), cuando es posible comprobar a través de su lectura que constituye un conjunto de reflexiones sobre la Segunda Guerra Mundial que

recibió premio de ensayo en el concurso convocado por la Dirección de Propaganda de Guerra. De igual modo se nos informa que “el trabajo de Santiago Álvarez Gómez *Reflector sobre España* (1946)” y *Presencia de España* (1947), de Enrique Serpa, tratan “acerca de la Guerra Civil Española” (p. 165). De inicio debemos precisar que el primer libro mencionado no es de la autoría de dicho dirigente comunista gallego, preso entonces en una cárcel franquista, sino del asturiano Celestino Álvarez González, periodista del *Diario de la Marina*, y después añadir que esa obra está integrada por una serie de impresiones de su visita a España tras medio siglo de ausencia, y que el autor ni de lejos hizo alusión a la pasada contienda. El libro de Serpa es una compilación de artículos que dio a conocer en *El País* con motivo de su viaje periodístico a tierra española y solo reservó para el epílogo, no divulgado en dicho diario, muy severos y bien fundamentados ataques al régimen de Franco, sin remontarse al conflicto armado de la década anterior.

Por otro lado, se confunde al escritor y dirigente socialista español Julio Álvarez del Vayo con el coronel Alberto Bayo (p. 167) y no solo se le concede al primero el grado de general, sino que se le atribuye el entrenamiento en México de los revolucionarios cubanos, lo cual sí realizó el segundo. Otras equivocaciones más podríamos traer a esta reseña, pero creemos que las ofrecidas son suficientes para demostrar los fallos de dos textos que sufren, además, una redacción defectuosa y de pobreza en el nivel de expresión.

Que siga vivo entre nosotros el interés en el estudio de aquella guerra, de la cual es posible sacar aún muchas lecciones, no deja de ser meritorio. Solo es de deplorar que los resultados de algunas de esas investigaciones no hayan sido objeto de una revisión rigurosa.

